

Homenaje a nuestros escritores

Homenaje a Eduardo Escalante Gómez

Caleidoscopio

Cruzando el Puente de las Tres Cuerdas escrito en el décimo año del cambio en nuestra civilización. Las nubes eran de color azul-base y ardían cerca de las copas de los árboles. Un rayo doble parpadeó. Diez años han pasado. Al anochecer, la lluvia había cesado, los pájaros, aturdidos por la lujuria de los gusanos, cantaban a la tierra blanda. Intenté dormir, pero pensé en el puente del campamento: tres cuerdas sobre un arroyo corriendo, mi turno para cruzar, tú en la orilla retorciéndote las manos. Caminé, dedos de los pies al talón, dedos de los pies al talón, un pez brillaba en una roca debajo, su herida era un remolino de color rojo. El mundo perdonó mis intentos, resistí. Y cuando mi tobillo resbaló, el conjunto cayó. No todo es lógica en el universo. Eduardo Escalante Gómez

Cuando éramos niños, existió un artefacto que nos hacía soñar en colores: el caleidoscopio. Para quienes lo recuerden se trataba de un juguete, si se quiere, por medio del cual podíamos apreciar, a través de nuestro ojo, un universo infinito de formas y colores. Mutaban con cada giro. El regocijo de la aventura visual nos animaba a mirar más y más.

El «Profesor» Eduardo Escalante Gómez funcionaba como un caleidoscopio para nuestro intelecto y también para el alma. Señalo, con toda intención y entre comillas, Profesor, porque había alcanzado el título de Magister, pero en esencia, era docente.

El docente de vocación no solo enseña. También invita a pensar, indagar, reflexionar, estudiar y siempre seguir adelante a la vanguardia de la ciencia. Eduardo Escalante Gómez, fue un Profesor, con letras mayúsculas. Su mente privilegiada, por cierto, organizaba una suerte de caleidoscopio en la nuestra que nos invitaba a pensar más allá de lo que teníamos frente a nuestros ojos.

Filosofía, matemática, estadística, epistemología, arte, liderazgo, bienestar organizacional, investigación, escritura científica, tecnología, poesía, historia... la enumeración continúa, eran algunos de los campos conceptuales sobre lo que podríamos preguntarle o simplemente pedirle bibliografía de referencia. Rara vez, no habría publicado algo sobre los temas que nos inquietaban. Su facilidad de respuesta asombraba. Su velocidad de respuesta nos dejaba sin palabras. Podíamos pasar horas dialogando sin parar porque el hilo del tiempo, siempre tenía resto en su carretel.

Comprometido con la vida, tenaz ante la adversidad, fue uno de los pocos con el que pudimos charlar sobre la resiliencia. Es que él en sí mismo, lo era. Me enseñó que la fuerza ante la adversidad se consigue con paciencia, dominio de uno mismo, esperanza. Esta última era una constante muletilla en sus correos. La esperanza sobre la vida, la familia, el bienestar. Sus pensamientos se conjugaban en un sinfín de formas, las mismas que nos ofrece el caleidoscopio.

Será por esta analogía, que sus producciones dejaban huella. Asombraba con su discurso de bienvenida en un curso de capacitación: «Y ustedes, ¿por qué están acá?» Preguntaba una y otra vez en cada inicio. Ninguno de nosotros tenía la respuesta correcta, no la había. Todas eran correctas. No exigía un patrón de verdad, cada uno debía buscar el suyo, su sentido, su lugar en el universo, su camino.

Universidad Juan Agustín Maza

Como un vendaval que pasa y deja rastro, así era el Profesor Eduardo Escalante Gómez. La tormenta la producía su retórica: clara, precisa, armada, justificada, contundente. Alguna vez creí que tenía todas las respuestas, y estuve cerca de comprobarlo. Sin embargo, en sus últimos momentos, aun con un rostro iluminado por la alegría, sabía que marchaba a un camino sin retorno. Sobre este viaje, no pudo darme una respuesta. Es lógico, no la tenía. Solo lo esperaba.

Tuve el honor de conocerlo, tuve la alegría de compartir sus cursos, tuve la suerte de escuchar o leer sus consejos. Nada de todo esto pasó desapercibido. El Profesor Escalante deja huella. No hay duda. Al igual que los gigantes que pisan la tierra blanda, su paso se imprimió en nuestras mentes y nuestros corazones. Logró conjugar en nosotros los dos hemisferios, sin entrar en competencia, uno con otro. Tenía la capacidad de armonizar la vida y la muerte, la angustia y la esperanza, el miedo y la fortaleza. Ese es uno de los tantos mensajes que rescato y que pueden leerse en sus poemas.

Ante la adversidad, su consejo era la lucha. Ante la desesperanza, la calma. Tenía la capacidad de romper cualquier paradigma, pero a la vez, crear el propio.

¿Dejó huella? Sin duda. Para quienes supimos leer sus escritos, producciones, libros, artículos y la innumerable producción académica y científica, seguramente coincidirán conmigo. Posiblemente otros no. Esto último no le preocupaba.

Sobre todos los valores que he descrito del Profesor Eduardo Escalante Gómez, hay uno particular que deseo resaltar: su ética. Desde el punto del caleidoscopio que miremos, la ética era su bandera.

Posiblemente estas palabras en su homenaje suenen caóticas. Usualmente se piensa que en el caos, todo está desordenado, sin embargo, aun dentro del caos impera un orden. No lo sabemos ver, pero existe, está probado. Era un buen ejercicio poner nuestros pensamientos en caos, para rearmarlos y buscar un nuevo modelo que nos hiciera mejor persona, profesional, amigo o lo que quisiéramos.

Para quienes supimos valorar el caleidoscopio de pensamientos que nos enseñó el Profesor Eduardo Escalante Gómez, vaya este homenaje.

Sabemos que dejaste huella, ¡GRACIAS!

Dra. Ana María Repetto

